

que parece, una plaga está matando a las personas.

Claro que existe una diferencia más notable entre *Romeo y Julieta* y *La transmigración de los cuerpos*: esta última no transcurre en Verona sino en una calle de prostíbulos en una ciudad mexicana innominada. Es una diferencia notable que otorga un sentido distinto y muy profundo a la recreación del drama de Shakespeare por parte de Yuri Herrera, ya que (de esta forma) este deja de tener por tema las dificultades de dos jóvenes amantes para pasar a referirse al tipo de negociaciones que deben llevarse a cabo en una sociedad en descomposición. Así, desplazando el centro de atención de los cadáveres de los jóvenes muertos a las negociaciones para su restitución que realiza Alfaqueque, su protagonista, *La transmigración de los cuerpos* justifica la que es una trama endeble y se revela a los ojos del lector como una obra mayor, no en menor medida gracias a su lenguaje, que parte de la oralidad mexicana contemporánea para desplegarse hacia los territorios de la invención verbal, la acumulación y el circunloquio. Al igual que en las obras anteriores del autor (las magníficas *Trabajos del reino* y *Señales que precederán al fin del mundo*), en *La transmigración de los cuerpos* la retirada de un gobierno impotente o sencillamente desinteresado por el destino de sus ciudadanos supone también que se abandone el lenguaje que este utiliza para dirigirse a ellos; en su lugar irrumpe un lenguaje salvaje que sirve para decir una sociedad en la que “lo normal sería que fueran los muertos los que se echan a perder” pero la podredumbre afecta a todos. Una sociedad en la que una persona puede llamarse Nándertal y otra, Delfín y en la que todo y todos tienen un alias: “Pobre mujer expoliada alias Dónde andará. Venganza alias Desquitanza. El Carajo alias No

se preocupe usted. Desprecio alias Quién se acuerda. Cuanto miedo alias Yo no sé nada. Cuanto miedo alias Aquí estoy bien.” También una sociedad donde solo el sexo, comprado, negociado o conquistado mediante el poder de la palabra (“Verbo y verga, es lo único que tengo”) ofrece consuelo, incluso aunque ese consuelo sea provisorio y no esté exento de peligros y de contratiempos.

Quizás algunos lectores consideren que la sociedad de la que se habla aquí es la mexicana y le otorguen a *La transmigración de los cuerpos* un carácter simbólico al que el libro no es indiferente por completo. A esta hipótesis de lectura se pueden añadir otras, que no la desmienten pero desplazan el interés del ámbito de lo social al del lenguaje (como si ambas constituyeran instancias separadas), de la particularidad de que esta sea una novela policiaca sin detectives y prácticamente sin violencia (y también sin interés o con un brutal escepticismo ante la posibilidad de hacer justicia) a la presentación del sexo (el lector decepcionado por la inviabilidad anatómica de ciertas descripciones de prácticas sexuales realizadas por escritores mexicanos de la generación de Yuri Herrera descubrirá con alivio que este último sí sabe cómo se hacen estas cosas y que hay muy pocos escritores que las narren tan bien como él), de la cuestión de la reescritura shakesperiana a las connotaciones clásicas de este texto sobre la vida de los muertos, de la criminalidad sin culpa en la que se mueven los personajes de este libro a la desprotegida pero aun así muy sólida integridad de algunos de ellos. Ninguna de estas lecturas, sin embargo, debería soslayar el hecho de que *La transmigración de los cuerpos* es un magnífico libro y que su autor es uno de los pocos escritores latinoamericanos imprescindibles de nuestros tiempos. —

NOVELA

El arte de procrastinar



Sheila Heti
¿CÓMO DEBERÍA SER UNA PERSONA? UNA NOVELA DESDE LA VIDA
Traducción de Regina López Muñoz,
Barcelona, Alpha Decay, 2013, 305 pp.

ALOMA RODRÍGUEZ

¿Cómo debería ser una persona? Una novela desde la vida es la novela más reciente de Sheila Heti (Toronto, 1976), escritora y editora de *The Believer*, que estudió dramaturgia en la Universidad de Montreal. Sheila, protagonista y narradora, se resiste a entrar en la madurez y teme acabar divorciada, como sus padres. Su vida da un vuelco cuando conoce a Margaux, una pintora cuya seguridad admira y envidia. Las dos son licenciadas, viven en Toronto y deciden hacerse amigas. A Sheila siempre le ha asaltado una duda, que da título a la novela, y que quiere resolver: ¿cómo debería ser una persona? En medio de los cambios que se producen en su vida, de los temores, confusiones e inseguridades y un concurso de cuadros feos tratará de encontrar una respuesta para llevarla a la práctica.

Sheila se muda a una especie de sótano con el objetivo de terminar la obra de teatro que le encargaron, un proyecto que lleva postergando un tiempo: “Me había pasado los últimos años aplazando lo que sabía que debía hacer: dejar de lado el mundo, encerrarme en mi cuarto y resurgir con la luna, bajo cuya luz se reflejarían mi experiencia y conocimiento en una auténtica obra de arte, una obra de verdad.” Debe escribir sobre mujeres, y espera poder hacerlo: “Ahora que había abandonado mi matrimonio y me había mudado a un piso propio, mi mente tenía libertad para reflexionar acerca de lo que se me antojara, y me

hice el firme propósito de volver a la obra con renovado rigor.” Sin embargo, pasa la mayor parte del tiempo en el taller de Margaux y en la peluquería de Uri, donde empieza a trabajar porque los test de orientación profesional del instituto indicaban que esa era una buena profesión para ella. Sheila espera encontrar respuestas a todo en Margaux: la acompaña a Miami, a una feria de arte, y le deja leer lo que ha escrito a partir de sus charlas. Sheila decide huir a Nueva York y allí discute con un tendero, judío como ella, sobre la razón por la que el judaísmo pasó a ser transmitido por la madre. El tendero le dice: “Soy judío. Judío de nacimiento. A propósito, un judío es un judío, ¿lo sabías? Aunque te conviertas a otra religión: seguirás siendo judío.” Los episodios en los que Sheila conoce a Israel y va a recoger sus cosas a casa de su madre y se droga con Margaux completan este retrato de las dos jóvenes sin demasiadas preocupaciones, además de ellas mismas y lo que hacen.

Muchos de los miedos e inseguridades de Sheila, que le hacen plantearse el problema de la identidad, tienen que ver con una obra de teatro que escribió su novio de la universidad después de escuchar una conversación de teléfono de Sheila con una amiga en la que le contaba “lo colada que estaba por un fotógrafo de Nueva York”. Dice Sheila: “A la mañana siguiente encontré en la pantalla [del ordenador] un esbozo para una obra de teatro basada en mi vida y en cómo se iría desarrollando década tras década. [...] Las lágrimas me caían a borbotones a medida que iba asimilando la espantosa estampa de mi vida que había dibujado: gráfica, cruel, y aderezada a traición con los ingredientes que más daño me harían.” Y un poco más adelante: “Traté de olvidar aquella obra, pero no pude [...]. Quedó alojada en mi interior como una semilla que yo veía echar raíces y crecer encaramada a mi vida.”

Una de las cosas más audaces del libro es su capacidad de mezclar géneros y materiales: la estructura,

por ejemplo, copia la de una obra de teatro en cinco actos, con un prólogo, un interludio dedicado al sexo y a una relación de sumisión que establece con Israel, y un entreacto. En esa estructura cabe todo: una consulta transatlántica con una psicoanalista jungiana, digresiones sobre felaciones, cartas manuscritas, transcripciones de conversaciones, correos electrónicos, la historia del pueblo judío, el éxodo y fábulas. Sin embargo, a pesar de tener muchos ingredientes atractivos, de estar escrita con ingenio y mucho sentido del humor, cae en demasiadas ocasiones en la broma interna: queda la sensación de que Heti podía haber sido más ambiciosa. Aunque aborda un asunto universal, se queda encerrada en lo particular y lo concreto.

“Mientras caminábamos, le conté mis miedos a Misha. Entonces, tras escucharme durante un buen rato, por fin dijo: *Lo único que siempre he tenido claro es que todo el mundo debe cometer grandes errores*”, dice Sheila al principio del libro. Heti ha escrito, asumiendo la posibilidad del error, una novela que, al mismo tiempo, encierra el propio proceso de escritura; por eso cabe todo. Nos cuenta el desarrollo, las dudas y cómo una cosa lleva a otra, pero el mecanismo de la vida no siempre funciona en la literatura. Hasta sabemos en qué momento Sheila se da cuenta de que está escribiendo una novela: casi al final, Margaux le dice a Sheila: “Y quiero que encuentres la respuesta a tu pregunta, a cómo debería ser una persona, para que no tengas que pensar más en ello. [...] Y puedes recurrir a mí todas las veces que quieras para hallar las respuestas... Lo que sea, pero acaba con eso. [...] Y hazlo rápido”: Sheila le pregunta si tiene que ser una obra de teatro y, después de reflexionar, Margaux responde que no. Sin embargo, este descubrimiento, en lugar de universalizar y dar sentido a todo, lo reduce a un asunto entre dos amigas.

A veces el libro resulta tan confuso como la propia Sheila, y algunas cosas no se entienden del todo

(las comparaciones y paralelismos que pretende establecer con el éxodo, Moisés y la liberación del pueblo judío): gana en profundidad cuando habla del trabajo en la peluquería, la relación con su madre o la intimidad con los hombres. Resulta mucho más interesante la historia de humillación voluntaria de Sheila con Israel que la fascinación que le produce Margaux, un personaje con el que es difícil empatizar. Sheila Heti ha escrito un libro honesto y arriesgado sobre las dudas y tribulaciones que a veces, por exageración, resultan banales, pero que otras nos afectan a todos: cómo queremos ser y cómo queremos que sea nuestra vida. —



NOVELA

El niño que huyó



Jesús Carrasco
INTEMPERIE
Barcelona, Seix Barral,
224 pp.

de **PAULA CIFUENTES**

Chica y chico se enamoran pero su amor es imposible por lo que deciden poner fin a su vida. Un viejo loco que ha leído demasiadas novelas de caballería se dedica a intentar hacer el bien hasta que le vuelve la razón. Los ejemplos son tan numerosos como los grandes libros de la historia de la literatura. En todos ellos hay un eje común: aunque su argumento se pueda reducir a dos líneas, se puede hablar de ellos durante horas. Historias sencillas que se convierten en libros complejos.

Lo mismo le sucede a *Intemperie*.

La trama de *Intemperie* se puede también reducir a una línea: un niño huye de su casa y se encuentra con un